

LA ESPAÑA

REVISTA POLÍTICO-ARTÍSTICA LITERARIA

Se publica los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes

CADA NUMERO LLEVA, POR SEPARADO, UNA PIEZA DE MUSICA.

Año II.

Madrid, 14 de Mayo de 1887.

Núm. 22.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Madrid, un mes.....	1,50 pesetas.
Idem, trimestre.....	4 »
Provincias, trimestre.....	5 »
Extranjero, idem.....	6 »

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.

Madrid: Administración, calle del Espejo, núms. 9 y 11, pral., y en las principales librerías.
Provincias y extranjero, en casa de los Corresponsales.

DIRECTOR: D. MANUEL GONZÁLEZ ARACO.

ADVERTENCIA.

En esta REVISTA ni se dan bombos, ni se admiten reclamos.

SUMARIO.

Crónica de la semana, José Alegría.—Edipo y Antígona, E. Castelar.—El marido de Margarita.—El secreto del paje (conclusión), Luis Pérez Barzana.—Teatros.—Nota bene.—Anuncios.—Música: Marcha militar *Guerra*, por Flautín.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Heme aquí transformado en cronista: lleno de los naturales temores que asaltan al inexperto; con el convencimiento de lo que signífico, y animado por lo que puedo significar, siento ese calofrío del espíritu que se cierne entre la zona glacial de la duda, que desalienta, y la zona tórrida de la creencia, que promete.

Bueno será que os haga ver ésta mi situación, hoy que para mí empieza, siquiera para mostraros mi poca doblez y mis buenos propósitos.

Si mis aspiraciones son ó no bien fundadas, lo decidirá vuestro buen juicio: á él me someto, porque vivo seguro de que será imparcial, justo y desapasionado.

* * *

Las novedades teatrales de la semana no son novedades, porque aunque parezca lastimosa novedad que *M. Coquelin (ainé) societaire de la Comedie française*, etc., etc., etc., gane muy buenos francos de á cuatro reales vellón, precisamente en el coliseo donde los perdió poco há la compañía de Julián Romea, todo esto no es nuevo en este país dichoso, y resulta explicable, sabiendo que el inimitable actor francés maravilla y suspende, hasta el punto de que la mayoría de los espectadores salen de la representación preocupados por no haber entendido nada de lo que allí se representó.

Esta rareza pudiera explicarse perfectamente, á mi humilde parecer, teniendo en cuenta que muchos de los tales espectadores, que no conocen el castellano, tampoco conocen el francés; pero esta sencilla explicación parece que no llega á satisfacer á todos, y el teatro de la Comedia vuelve á llenarse la siguiente noche de todos aquéllos que encuentran placer en no entender las cosas: sin duda alguna que éste es el placer de lo *desconocido*, poderoso imán que atrajo y atraerá siempre á los sabios y á los genios. ¡Quién sabe si algo de esto tendrá que ver con los *amateurs* de *M. Coquelin*!

Después de todo, *M. Coquelin* es el

hombre de los monólogos, y nos da *El diputado por Bombignac*, cuya traducción no nos gustó, no por la traducción, sino por lo traducido; y para terminar, se comprende algo de delirio al escucharle *El Mambrú*, canción respetable por su antigüedad é inocencia.

El 10 de Mayo se dió la *dernier representation de l'abonnement et funcion extraordinaire pour les adieux et au benefice de M. Coquelin (ainé) societaire de la Comedie française*, etc., etc., etc.: esto era todo un acontecimiento, como Vds. comprenden. ¿Nuestros actores? Eso ya es cosa muy vista, y maldito si sirven para otra cosa que para perder paciencia y dinero en sus empresas, como les aconteció este año á Vico y Calvo en el Español, y á Mario en la Princesa.

Así, que fuimos á ver á M. Coquelin y le regalamos para el viaje y *ainda mais*; todo esto porque somos muy protectores de lo que no entendemos, y porque ¿tenemos acaso nosotros necesidad de protegernos, cuando nada nos falta... para rabiar?

* * *

No les digo á Vds. nada con lo que nos divertimos en la Alhambra. Eso, eso sí que es una lindeza digna de que un ciudadano empeñe su traje, para ver los magníficos que exhibe la compañía de M. Tomba; pues ¿y aquellos vestidos naturales que dejan al descubierto los trajes de la *cuadrille*? Señores, aquello sí que es digno y altamente civilizador, por parte de la *enseñanza* y aun comestible inclusive.

Y luego quieren Vds. que escriba dramas Tamayo y Baus; ¿para qué nos hacen falta, cuando podemos gozar de tan divertidos é *inocentes* espectáculos?

Pero es natural: nos quejamos de todo esto porque estamos muy retrasados, y es preciso que *nos adelantemos* en todo, pasando por encima del mismo sentido común, si falta hiciese.

* * *

En Apolo hemos tenido otra novedad. Esta novedad es *La viña del Señor*, que nos alegraríamos lo fuese para sus autores, no porque seamos partidarios de esas sátiras políticas, con acompañamiento musical, sino porque, iniciado el deseo de divertirse *incondicionalmente*, preferimos divertirnos con algo que tenga gracia y sea español.

Por lo demás, creemos que el chistoso ingenio de Navarro Gonzalvo, autor de la tal *Viña*, tiene suficiente talento para no desvanecerse con todos esos inciensos aristofánicos que le regalan. Por medio del teatro no ha de inmortalizarse: lástima es, y grande, que Navarro Gonzalvo no entre de lleno en el periodismo político, porque para dar vida á una publicación satírica es el único.

Ahí le quisiéramos ver, y más inmarcesibles fueran los laureles que justamente gana. Francamente, Navarro Gonzalvo, como político en el teatro, perjudica al drama con la política, y á la política con el drama.

Caballero logró adornar los racimos de *La viña del Señor* con algunas juguetonas *mariposas* musicales, y de este modo esperamos que los autores lograrán *vendimir* tranquilamente, ya que, gracias á Dios, hoy no pueden temer la *filoxera conservadora*.

* * *

Pero lo que constituye una *alta* novedad en la semana, es la *Nueva química* de Carracido.

Carracido vale mucho: en su cátedra de la Escuela de Farmacia, en el Ateneo y en todos los centros de enseñanza, ha sabido adquirir fama y aplausos merecidos. Es un obrero incansable en la ciencia que podemos llamar del porvenir: en la química; y decimos ciencia del porvenir, no porque sean escasos sus triunfos del presente, sino porque la química es hoy un astro de resplandores pálidos respecto á los que emitirá algún día.

La medicina ve en ella el porvenir hermoso de su victoria: la industria, y por ende la sociedad, buscan en ella sus riquezas y su bienestar, y hasta la psicología, amenazada por los hechos incontrovertibles del experimento, tiembla en sus antiguos cimientos al ver la misma fisiología atacada valerosamente por las nuevas conquistas del análisis de la materia organizada.

Sustituída la palabra *función* por la palabra *procedimiento*, el médico que no sea químico ¿en qué apoyará sus diagnósticos y su terapéutica? ¿Cómo perseguirá el medicamento en su viaje por el organismo?

Carracido, con su *Nueva química*, se hace acreedor al aplauso conquistado por la iniciación tan valiente y abnegada como útil en la ciencia. Sentimos que la índole de nuestra Crónica no nos permita emitir un juicio crítico esencial de la obra; pero como en nuestra Revista abrimos una Sección bibliográfica, tendremos ocasión de hacerlo, tanto de ésta como de tantas otras obras de importancia que deban conocer nuestros lectores.

* * *

Con las rosquillas de la tía Javiara, tradicionales é inquebrantables, verdaderas petrificaciones, comestibles, según algunos suponen, y que se distinguen por ocupar el número más alto en las escalas relativas de dureza y de tenacidad, se acerca también la Exposición de Pintura.

Nuestra Revista ha de dar noticias á sus lectores de dicha Exposición, y publicará su humilde parecer sobre las obras expuestas.

Sabemos de algunas obras, y aun hemos podido apreciar otras que, sin duda alguna, merecen aplauso y buenos compradores; pero, en cambio, nos consta igualmente que algunos se atreven á exponerse con gran *exposición* y riesgo.

* * *

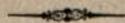
El *Bachiller Singilia* publicó en *El Imparcial*, y en su número del lunes 9 de Mayo, bajo el epígrafe *Un documento más acerca de Cervantes*, una carta dirigida al Dr. Emilio W. Thebussem, en cuya carta, modelo de lenguaje puro y castizo, copiaba otra, escrita por un desconocido contemporáneo del ilustre *Manco de Lepanto*, y en la cual á Cervantes se hace referencia, puesto que se pide protección para un *pobre Cervantes*, y que *sea restaurado en su acostumbrada libertad, dejándole en el ejercicio de su estudio*.

Plausible sobremanera nos parece que mientras otras plumas mojadas en fango se abren paso por los bolsillos de unos cuantos incautos aficionados á los libros sucios, otras, movidas por el talento, esfuércense en mantener la pureza de nuestra lengua rica, y traigan á memoria y á luz todo cuanto al cervantismo atañe.

Preséntase el *Bachiller Singilia* como cervantófilo, cosa que juzga de necesidad para aspirar á cervantista, y descubre bien á las claras con esta ocasión una verdad bien conocida: el talento siempre fué modesto.

Por este camino quisiéramos ver á muchos: publicárase mucho menos y mucho mejor.

JOSÉ ALEGRÍA.



EDIPO Y ANTÍGONA (1).

La peste dieztaba terriblemente á Tebas. Edipo investiga la causa de tal plaga y los medios de ahuyentarla. El oráculo dice que los aires continuarán pestíferos mientras aliente allí en ellos el asesino de Layos. Edipo quiere saber quién sea, y consulta al mago más profeta y sabio de toda la comarca. Pocas escenas tan trágicas cual ésta, verdaderamente sublime. Ciego el adivino para las cosas presentes y materiales, ve la idealidad etérea de lo pasado y lo porvenir. Por ende, ha visto el

(1) *Galería histórica de mujeres célebres.*

crimen que inocentemente perpetra Edipo y la expiación que le aguarda. Así resistese á las interrogaciones del culpado inculpa-ble. Pero sus preguntas le asedian en términos de arrojarlo, contra su voluntad, á respuestas mezcladas con cierto dejo de ironía. Edipo se ciega de cólera insufrible ante la resistencia, y acusa nada menos que al adivino de la castigada muerte, y le conmina con amenazadoras y coléricas palabras. Empujado por tamaña temeridad, el adivino declara todo cuanto sabe. Impacientísimo Edipo con impaciencia vertiginosa por la verdad desnuda y completa, desconócela con ceguedad en cuanto la sabe con certeza. Una carcajada siniestra responde á la revelación trágica. Así despide al adivino y le refiere á Jocasta cuanto le han dicho. Jocasta se burla de las adivinanzas con él, asegurándole cómo su hijo, su engendro, destinado á la inmolación de Layos y al incesto en ella, murió expuesto por recóndita montaña. ¿Quién creará ya en el mundo de los oráculos? Apolo debe callarse allá en su templo de la orgullosa Delfos, y la terrible Pitonisa descender de la trípode sagrada porque no la consultaran, después de tal engaño, en lo sucesivo, y no interpretaran sus palabras, faltas de significación por este palmario desacierto. Mientras los dos esposos departen así en confianza y en alegría sobre la vanidad y sutileza de los oráculos, llega desde Corinto un emisario con importantes nuevas. En seguida Edipo lo recibe y le pregunta qué trae. La noticia nefasta de la muerte de su padre Polibio y la declaración de que había sido él un hijo adventicio, encontrado expuesto en sitio apartado de un monte altísimo. Al saber esto Jocasta, que se había reído tanto del adivino y de su anuncio, ve toda la verdad y corre hacia su estancia para ocultarse á quien resulta, por fin, en cumplimiento de los hados, hijo y esposo suyo. El infeliz, aunque advierte la turbación de Jocasta y el gesto con que ha dejado su presencia, lo atribuye todo al horror causado en su orgullo regio al saberse casada con un mísero expósito.

Edipo, en su ignorancia, se cree todavía

inocente, y se burla de los dioses á más y mejor después de sabida la muerte natural del padre á quien había conocido, y la generación suya, por desconocidos, que le da perfecto motivo para creerse feliz engendro de la próspera fortuna. El coro mismo, el pueblo, propicio á un rey que lo ha libertado en otro tiempo de la esfinge y que ahora le libertará de la peste, se pregunta si por acaso resultará hijo de una ninfa semidiosa ó de un dios aficionado á la umbría misteriosísima de los pinos y al melodioso cantar de las campiñas. Pero poco á poco todas estas interrogaciones van abriendo la memoria del infeliz al recuerdo viejo de que un día mató á temerario anciano en desfiladero de la Phocia, y liga esto con la nueva anunciada por Corinto de que lo descolgaron niño de una encina donde lo habían colgado con correas en la garganta del Citerón. Entre tantas perplejidades quiere de nuevo consultar á Jocasta, y Jocasta, en su vergüenza y en su dolor, acaba de ahorcarse, y la encuentra muerta y suspendida del techo en la nupcial cámara donde se ha cometido el incesto. Entonces Edipo coge las áureas agujas en forma de corchetes con que Jocasta suspendía de sus hombros el regio manto, y se saca los dos ojos. Nada tan trágico y terrible como la figura del criminal inocente que ha puesto empeño sobrehumano en vencer al destino, y ha resultado vencido por la fatalidad reinante sobre todo el universo, y contra la cual una gran parte de nuestra íntima libertad propia se rompe y estrella. Así, cuando vemos á este bienhechor de su pueblo que ha libertado una comarca entera de plagas horribles con sólo descifrar un enigma, después de haber vencido á lá muerte, desgraciado, ciego, errante, hijo parricida, marido incestuoso, padre infeliz, transmitiendo á sus hijos el vínculo perpetuo de un deshonor eterno y la herencia inextinguible de una fatalidad verdaderamente adversa, nos parece ver la condensación de las lágrimas que se han vertido en todos los dolores y de la sangre que se ha derramado en todos los crímenes á causa de la irremisible contingencia que acompaña eternamente á nuestra especie.

Todas estas desgracias del rey heleno parecen como combinadas á fin de que resalte la estatua moral más bella transmitida por los antiguos tiempos: la estatua moral de Antígona. La flor en el campo, la miel y el aroma en la flor, la canción y la melodía en el ave, la estrella en el cielo, tras las noches las auroras, sobre las tempestades y las sombras el sereno y propicio lumínar; todos los puestos y todas las compasiones, el cariño que socorre, la caridad que reparte sus beneficios, las piedades filiales, el bálsamo sobre las heridas, la poesía y el arte sobre las tristezas de una realidad oscura y manchada: he ahí todo lo que representa en el teatro antiguo Antígona bajo las fatalidades que pesan sobre nuestra especie y entre los crímenes que desgarran y ensangrientan nuestra tierra. Dícese con razón que simulacros tan bellos como la Venus de Milo y la Diana cazadora, representan la belleza material perfecta; mas dentro de los ritos, de los principios, de los cultos comunes al viejo y clásico mundo, Antígona representa la belleza moral perfecta. Y al verla, al encontrarla en este largo camino de la historia humana, se os aparece como el faro al naufrago, derramando fresca brisa en el horno encendido de tantas pasiones aviesas y rayo de luna en las tinieblas donde graznan y aletean tantos pájaros rapaces. Al verla, veis todo lo que ha consolado á la humanidad en su martirio. Ella es la compasión que ha penetrado en el patíbulo de los mártires, y la piedad que recoge y entierra el cuerpo inanimado de los muertos. Así, desde la hora en que apareció por la escena griega como el báculo de una vejez infeliz, no ha dejado ni un punto de resonar en sus oídos los loores arrancados al humano pecho por el culto universal que se debe á estas virtudes femeninas, brotadas todas á una del amor, y sin las cuales ¡ah! sería imposible, por lo desconsolada y nefasta, nuestra misérrima existencia.

Pero veamos la hermosa joven, tal como Sófocles la ideara, en su alma serena y armoniosa. Descubierta el involuntario crimen de su padre, los tebanos, que le adeudaban dos grandes remedios en su vida,

pues los sirvió así con sus aciertos como con sus castigos, merced á los cuales aplacará las celestes iras, esos tebanos de tan cruel ingratitud lo abandonan, y al verlo, huyen, y de su presencia se apartan, creyéndole moralmente apestado y leproso. Los propios hijos le arrojan del trono y del pueblo, que había salvado con su ciencia y esclarecido con su gobierno. Parricida, incestuoso, el hogar suyo se parece á una geumonía; los diversos lares, á genios adversos; el sepulcro de los antepasados, en que radica el árbol de todo humano sér, á un centro de maldiciones y anatemas; sus hijos resultan al mismo tiempo sus hermanos, por lo cual toda su sangre ha entrado en corrupción y toda su vida caído en oprobio; y el templo le rechaza, y el pueblo le maldice, y no le queda otro remedio sino errar en las soledades inmensas, á merced por completo de los elementos implacables, hasta que la muerte se apiade, misericordiosa, de su dolor, y ponga sobre sus ojos vacíos el sueño perdurable. ¿Qué será de un pobre ciego, sin familia, sin hogar, sin patria, sin penates, rechazado hasta por el sepulcro de sus mayores y andando á tientas en tinieblas eternas, porque la luz, resplandeciente alma de los demás mortales, sólo sirve con su calor para perpetuar aquella terrible desventura?

El cetro se ha roto como una frágil caña y apenas le sirve de báculo; se ha trocado la púrpura en harapo sobre sus hombros enflaquecidos; la corona se ha roto, y sólo queda como una sombra de ignominia en aquella frente, donde resplandecieran otros días mayores glorias. Quien derramó riquezas con las manos alzadas á su pródigo trono, mendiga hoy amargos mendrugos. Quien no aparecía jamás sino entre los aplausos de la juventud y el respeto de la vejez, oye resonar los pasos de aquéllos que se ahuyentan y las maldiciones que se tumultúan á su vista. El héroe que iba en su busca para recoger el premio á la victoria; el moribundo que le demandaba plegarias y auxilios y hasta ritos fúnebres; la viuda, que ponía en sus manos hijos y herencia, porque todos le veían de virtudes resplandeciente, vestido y coronado como

por una tiara por su sabiduría, húyente ahora y le creen sólo digno de castigos eternos. Desnudo, demacrado, la piel rugosa sobre los huesos doloridos, los ojos semejantes á vacías cavernas, trémulos sus labios, crispadas sus manos, el aliento como un turbión de quejidos; incierto el paso por clavársele, do quier lo endereza, espinas en las plantas, abrasáralo el sol, azotáralo el huracán, encontrará por cama la tierra dura, como por cubierta el cielo cruel, y no le quedará otro remedio sino compadecer hasta los cadáveres insepultos, roídos por el pico de los cuervos y machacados entre las quijadas de los perros. No se conoce todo cuanto necesita el hombre de la humana sociedad hasta que la pierde y se ve por completo entregado á las inclemencias reinantes en el despiadadísimo universo. Nidos sin pájaros, domicilios sin habitantes, campos sin cultivo, corazón sin amor, amor sin correspondencia y sin objeto, vivo enterrado en un sepulcro: todo cuanto podáis imaginaros de más triste, se suma en las tristezas múltiples de un infeliz errante á solas por el mundo.

¿Quién le consolará? Se necesitaría un receptáculo tan grande como los lechos del Océano para contener sus lágrimas amarguísimas, y para enjugarlas un paño tan extenso como el cielo. ¿A dónde volverá los ojos? Los dioses le han infligido penas terribles antes de nacer y condenádole á una desgracia irremediable. Por su propia mano inmola el hombre de quien recibiera la vida; la vida y el propio lecho donde fuera engendrado lo macula con deshonor inextinguible. Sus hijos deben el sér á torpe incesto, y no pueden asomarse al sepulcro de sus mayores ni mirar al cielo de sus penates sin descubrir por do quier la reprobación eterna y sin caer bajo el peso de una grande vergüenza. El perro tiene amo y tiene perrera: él no tiene ya en el mundo la caverna donde habitan los brutos carnívoros. ¿Quién le consolará? Solamente su Antígona. Miradla: bien puede un viejo palacio de reyes ofrecerle vivienda, una corte fastuosa ostentación y lujo, los hermanos queridos parte de la corona heredada, un héroe de regia sangre su corazón y su nom-

bre. Antígona compendia en sí todas las virtudes propias del sexo á que pertenece, y sólo ve á su padre infeliz en el mundo, porque sólo su padre necesita los afectos más vivos y los calores más ardientes de su alma: la compasión y el consuelo. Un gran escritor la saluda como predilecta del destino y puesta por la Providencia en cabeza de todas las heroínas de la resignación, que llevan en sus manos, hasta por nuestros templos católicos, las verdes palmas, las blancas túnicas, las etéreas aureolas del martirio. Lo que lleva principalmente dentro de sí es la entraña de la mujer que, criada para el amor, comparte, á virtud y eficacia de su compasión, ese amor de los amores, todas las penas humanas.

Miradla, joven, bella, pura, en la primavera de sus años, con el esplendor de su raza y con los timbres de su familia; miradla, triste, pobre, descalza, el cabello tendido sobre sus espaldas, los ojos vueltos hacia los huecos ojos de su padre, mendigando el mendrugo diario á la limosna del viandante, y recorriendo la tierra en busca del último asilo guardado á la desesperación, en busca de la muerte. Ningún pintor cristiano ha sabido trazar una imagen de la piedad, semejante á la figura de Antígona, convertida en báculo yerto y pasivo bajo la trémula mano de aquella sombra inocente y maldita que se llama Edipo. Delante del grupo formado por hija y padre va la Fama gritando: «¡Parricidio! ¡Incesto!» Y en torno suyo se dilata el desierto, pues, al descubrirlos, húyelos en desatada carrera la gente, por no contaminarse con su desgracia y por no participar de sus maldiciones. El perro hidrófobo, apaleado por todo el mundo, sufrirá cuantos dolores materiales se quiera; mas no este horrible dolor moral de las afrentes, privativo del género humano, á causa de su conciencia y de su alma. He aquí por qué nos conmueve tanto la sublime figura de Antígona: porque personifica las esenciales virtudes propias de su sexo, y porque muestra cómo permanece la naturaleza femenina perpetuamente bajo la superposición de instituciones varias y de diversos estados sociales, idéntica por completo á

sí misma, y mucho más idónea que la naturaleza varonil ó masculina para la compasión, para la caridad, para las grandiosas expansiones del alma, para el sentimiento, verdadero calor de la vida y agente de cuasi divino de todos los sacrificios y de todos los heroísmos, que no se disminuyen y endulzan entre las violencias, las cegueras y los estremecimientos del combate, sino que apelan á la resignación, y se conforman con dolores apenas soportables por delicadas y débiles naturalezas.

Sófocles ha engrandecido y hermoseedo todas estas virtudes, ciñéndolas de esmaltes de genio y abillantándolas en el engarce de sus inmortales tragedias. Al poco tiempo de aquel holocausto piadosísimo, la misma inflexible fuerza del destino antiguo se resiente y cede á la misericordia. Lo verdaderamente trágico en este grupo sublime de hija y padre, por todas las afrentas heridos y por todas las inclemencias del cielo probados, es la estrella esplendente y espiritual puesta sobre sus sienes y compañera de su peregrinación: la estrella de su inocencia. Y así, una voz compasiva les dice que, después de haber errado tanto tiempo clavándose todas las espinas de aquel su camino sembrado por zarzas y abrojos, obtendrá, como único ya posible consuelo el infeliz maldecido por los hados, el consuelo de su muerte y de su sepultura. Mas para esto se necesita que lleguen al bosque donde residen las Euménides. Hijas predilectas de la naturaleza y habitadoras de los bosques, traen á los desgraciados el consolador lenitivo de un sueño perpetuo dentro del sepulcro. Cerca ya del sitio compasivo y hospitalario que había de matar al triste, levántase airadísimo el viejo rey de Tebas, y dice que sus crímenes terribles no se deben á la voluntad y á la conciencia íntimas suyas, sino al hado, que se los ha impuesto con fuerza, y que, al imponérselos forzosa y violentamente, le ha, por su desgracia, hecho criminal é inocente á un tiempo. El humano albedrío se levanta en la persona del viejo Edipo y protesta contra todos los empeños y todos los empeñados en imputarle la responsabilidad inaceptable de las fatalidades que ba-

jan del universo entero sobre la misérrima y débil criatura.

(Se terminará.)

E. CASTELAR.

EL MARIDO DE MARGARITA.

RECUERDOS DE AYER.

A mi distinguida compatriota la Excm. Sra. Doña Concepción Domínguez de Ferratges, en testimonio de inalterable amistad y de respetuosa consideración.

EMILIO SOULERE.

Varium et mutabile.

Hoc volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas.

Vivit sub pectore vulnus.

I.

—¿Cuántos años hace que salió V. de la Habana?—me preguntó el marqués.

—Hace ya muchos: el 17 de Setiembre de 1859 me embarqué en el vapor *Black-Warrior* con rumbo hacia Nueva-Orleans, y después de un largo viaje por los Estados-Unidos, vine á Europa en el vapor *Persia*, de la línea Cunard, que hoy está en el mar Pacífico sirviendo los puertos del litoral entre San Francisco y Valparaíso.

—¡Cuántos recuerdos evoca V. trayendo á mi memoria esos nombres y aquel país!

—Sí, mi buen amigo: la patria querida, el país de mi infancia y de mi juventud; el país del oro, del sol y del amor. Pero nada de eso ejercía influencia en mí. Mis padres eran ricos, y ganaban tanto dinero y en mi casa entraban tantas onzas de oro, que nunca aprecié su valor, ni pensé jamás que pudiese llegar un día en que me hiciese falta un duro. El sol era tan esplendente que me cegaba, y no me permitía soñar siquiera en estas nieblas eternas y tristes del Norte, durante las cuales comprendo hoy la injusticia con que me quejaba de aquellos rayos de luz sublime, padres fecundos de la vida tropical; y en cuanto al amor, á los diez y seis años no conocía otro más que el santo y purísimo amor de mi madre, y el acendrado y generoso del mejor de los padres. Todos los que me rodeaban me querían; ignoraba que en la vida se conociese el dolor, y que la existencia no fuese otra cosa

que una serie no interrumpida de amargos desengaños.

—Sé lo mucho que ha sufrido V., sé el abandono en que se ha visto, pero aquí le pondremos remedio; y si aún hay en su corazón cabida para el noble sentimiento de la amistad, cuénteme V. con la mía, franca y desinteresada.

—Gracias, marqués; sus palabras son el mayor consuelo que he experimentado desde hace mucho tiempo.

—París, si no da á V. alegría, le dará olvido.

—¡París me dará quizá un poco de calma, pero alegría jamás! Olvido, me dice V.: el olvido en mí es imposible, y en todo caso sería como echar un poco de ceniza sobre las brasas ardientes de un fuego inextinguible, de un fuego que sólo se apagará cuando se apague el último soplo de mi vida...

—Dejemos para otro día esa triste conversación, y hablemos de la Habana. Crea V. que se me quitan veinte años de encima cuando mi memoria vuelve hacia aquellos tiempos felices, tan lejanos ya de nosotros.

—En París le será á V. fácil hallar quien le complazca en ese sentido, pues creo que la colonia cubana es aquí bastante numerosa, y V., por su gran posición social, por su nombre y, sobre todo, por su talento, debe frecuentarla...

—No, amigo mío—dijo interrumpiéndome el marqués;—he venido á París para vivir independiente. Español de corazón y cubano hasta la médula de los huesos, diré á V., no sin cierto rubor, que huyo de mis compatriotas, porque la mayor parte de ellos sólo me han proporcionado disgustos y sinsabores. Hago por ellos todo el bien que puedo y que mi fortuna me permite, pero no los frecuento. Las puertas de mi casa están abiertas á todos los verdaderos infortunios. He pedido hospitalidad á la Francia, y creo que el único medio eficaz de ser digno de esa hospitalidad es vivir en un aislamiento como el que me he creado expresamente.

—Pero, siendo V. inmensamente rico, tiene el consuelo de socorrer á los necesitados.

—Diré á V.: soy socialista cristiano, y cuando doy, lo hago en nombre de Dios y como sencillo instrumento de su bondad, pues lo que poseo me parece que no me pertenece, sino que pertenece á los pobres, cuya fortuna retengo indebidamente. No critique V. estas teorías, y no crea que hay contradicción entre ellas y mis títulos nobiliarios, porque soy mucho más demócrata y mucho más radical que todos estos pseudo-republicanos. Cristiano y profundamente religioso, sé que *es más difícil que un rico entre en el reino de los cielos, que un camello pase por el ojo de una aguja*. Otra vez, con mayor espacio, diré á V. todo lo que pienso respecto de la gran cuestión, la cuestión social, y cómo resuelve ese problema la religión del Evangelio mejor que la política. Por hoy, basta de filosofías, y permítame V. llamar su atención sobre el hermoso punto de vista que ofrece París desde aquí.

El marqués mandó detener los caballos, bajamos de la victoria y fuimos á pie hasta colocarnos debajo del *Arco de Triunfo*. Allí, en una hermosa mañana de verano, se descubría la inmensa avenida de los *Campos Elíseos* hasta la Plaza de la Concordia, con todo el movimiento y con todo el esplendor de esa elegancia y de esa animación parisiense que no tienen rival en el mundo.

Después que hubimos contemplado aquel espectáculo encantador, el marqués volvió á reanudar su conversación favorita, diciéndome:

—Aquí estamos en plena colonia americana. Las familias más ricas y más distinguidas de Cuba habitan en el *barrio de la Estrella*.

Seguimos luego la avenida del *Bosque de Boloña*, y almorzamos en el *restaurant de la Cascada*. Había allí una reunión de hombres de mundo y de mujeres elegantes, mujeres elegantes y espirituales como sólo las hay en París.

Yo miraba todo aquello únicamente con el interés de la curiosidad, y empecé á conocer entonces á la sociedad cosmopolita que trae su dinero y sus costumbres ligeras para disfrutar de los placeres que abundan aquí más quizás que en ninguna otra de las

grandes capitales del mundo; sociedad que no debe de ningún modo confundirse con los honrados y laboriosos burgueses de París, ni con la opulenta banca ó con el altanero y aristocrático *faubourg*.

A las dos de la tarde paseábamos por la *Alameda de las Acacias*, dábamos la vuelta del *Lago* y regresábamos á París.

El marqués subió al *jokey*, y yo me despedí de él á la puerta del célebre círculo de la calle de *Scribe*.

—Venga V. á verme mañana—me dijo el marqués;—almorzaremos juntos y hablaremos de Cuba, de nuestra patria.

—Gracias—le contesté:—á las once estaré en su casa.

Aquella noche trabajé en mi aposento: escribí las impresiones recogidas durante el día; dirigí algunas cartas á los pocos amigos que aún me quedan, y dormí como un bienaventurado.

II.

Cuando al siguiente día fuí á casa del marqués, éste me esperaba ya en su magnífica biblioteca, cuyas grandes ventanas ojivales reciben la luz por la *Avenue Hoche*.

—Acabo de saber una triste noticia—me dijo así que entré:—¿recuerda V. á nuestro antiguo amigo Pedro Pablo?

—Perfectamente; pero como he dicho á V. que faltó de la Habana desde 1859, apenas conservo de él más recuerdo que el de su reputación de intachable honradez y el de su arrogante figura. Nunca tuvimos relaciones íntimas, y sólo le veía en los salones del conde de F...a, en la Capitanía general y en los teatros.

—¿Cómo? ¿No supo V. nada más de Pedro Pablo?

—Nada más.

—Pues entonces me permitirá V. que le cuente un episodio de su vida, lleno de interés para nosotros, que conocemos de cerca á las personas que figuraron en él.

—Pero, ¿cuál es la triste noticia á que se refería V.?

—La muerte del pobre amigo, acaecida hace tres días en la Cartuja de Grenoble, y el Abad me escribe que tiene encargo ex-

preso del difunto de entregarme un paquete lacrado cuyo contenido ignora.

—Siento la noticia—repuse sencillamente;—y en cuanto al episodio de su vida que quiere V. referirme, lo escucharé con placer: primero, porque posee V. el don de hablar bien, con rara inteligencia y sin afectación ninguna, pero dando á sus narraciones un calor y un color local que me encantan; y finalmente, porque todo lo que se refiere á Cuba tiene para mí el atractivo de la patria, y con el recuerdo de la patria el de los días felices de mi existencia.

—Almorzaremos en el *Bosque*, y á los postres referiré á V. esa verídica historia.

Apenas habría transcurrido una hora, cuando nos hallábamos ya sentados á la mesa en el *restaurant Chinesco*, y almorzábamos como personas que se respetan y que conservan para la comida la mayor parte de sus fuerzas. Media docena de ostras, una tortilla con trufas, un lenguado frito, un *beafteack*, melón, postres y café: tal fué nuestro almuerzo.

Así que comenzamos á saborear el delicioso *moka*, el marqués encendió un legítimo *veguero*, y con la calma que le es natural habló de esta manera:

III.

En el año de 185... Pedro Pablo poseía una gran fortuna, una figura digna del varonil cincel de Cánova y de todas las delicadezas del arte antiguo, y sobre eso, y más que todo eso, la reputación de ser el hombre más íntegro y más honrado entre los más honrados. Pedro Pablo era, además, un carácter, pues aunque poseía en su espíritu las dudas naturales en todo hombre bueno, que tarda en tomar resoluciones enérgicas, cuando adoptaba un partido su fallo era definitivo é irrevocable. Como tipo de caballerosidad y de desprendimiento, se citaban de él cien ejemplos, y no sólo tenía la honradez material en los hechos de la vida, sino que tenía la honradez moral del pensamiento immaculado y del espíritu sano, que aleja de la mente hasta la sospecha de una idea impura.

Debo añadir á esto, que si el aprecio y la estimación del público hubiesen podido

halagar á aquel hombre de bien, Pedro Pablo hubiera tenido motivos para considerarse feliz; pero su actividad moral é intelectual tenía otros horizontes más adecuados á su manera de ser. Hacía ya diez años que Pedro Pablo había contraído matrimonio con Margarita, la mujer más hermosa de la Habana, y Dios bendijo aquella unión concediéndoles tres hijos, que eran tres ángeles.

Daba gloria—como dice el vulgo—ver á Pedro Pablo acompañando á Margarita y á sus hijos cuando salían á pie de su magnífica casa de la calle del Prado para dar un corto paseo hasta las rocas de la Punta, en donde los niños jugaban y se entretenían en recoger conchas y guijarros. ¡Qué gentil pareja! ¡qué apuesto galán! ¡qué hermosa mujer!

En la época á que me refiero, Margarita, casada muy joven, tenía veintiocho años y estaba en la completa plenitud de su belleza. Aquel cuerpo tenía la plástica apariencia de la Juno que todos hemos admirado en la *villa Borghese*; pero su cabeza no era, en su parecido, la de la estatua que representa á la orgullosa mujer de Júpiter, sino una cabeza delicada, una fisonomía dulce, una tez bajo la cual se transparentaba la sangre que circulaba por aquellas hermosas venas azules; un tipo, en fin, arrancado á uno de los mejores lienzos del Tiziano, y á nadie tanto como á ella se hubieran podido aplicar con más propiedad las encantadoras palabras de Virgilio refiriéndose á Venus: *Vera incessu patuit dea*: sí, su ademán y su andar eran los de una verdadera diosa.

Mientras vivió la madre de Pedro Pablo, éste y Margarita, dedicados á cuidar cariñosamente á la respetable anciana, se ocupaban poco de la vida elegante, y apenas se les veía en las reuniones y en los teatros. Además, los ingenios y las otras propiedades que poseía mi amigo le obligaban á pasar en el campo una parte del año, tanto para vigilar desde cerca los productos, como para aplicar los últimos adelantos de la ciencia y de la industria al cultivo y á la fabricación del azúcar. La época de la *safta* era una fiesta continuada en los inge-

nios de Pedro Pablo: las cacerías, las giras campestres, los paseos á caballo, las comidas y los bailes se sucedían unos á otros para contento y alegría de los huéspedes del opulento cubano.

Cuando la madre de Pedro Pablo falleció, más de vejez que de enfermedad, los esposos volvieron á la Habana, y al poco tiempo el Capitán general exigió del patriotismo de nuestro paisano que aceptase uno de los principales cargos del Ayuntamiento de la *Siempre fiel ciudad*. ¡Qué tiempos aquellos! La fiebre del oro fundaba sociedades anónimas para la explotación hasta de los proyectos más absurdos. Antes de que cayese sobre el comercio de la Habana la crisis espantosa que debía necesariamente producirse, pasó un año de vértigo, del vértigo que produce la abundancia del dinero que se gana con facilidad; y durante él, la vida parecía seguir la misma carrera loca, perdido el freno, que sigue un caballo desbocado.

Recuerdo que á la puerta del café la *Dominica* se reunían centenares de personas, desconocidas en su mayor parte, las cuales se adornaban con el pomposo nombre de corredores (no siendo más que corredores intrusos), y ofrecían á todo el mundo acciones de la *Gran Azucarera*, del *Canal de Almandares*, del *Ferrocarril de Caibarién*, etc., etc., con cien pesos de prima, cuando aún no existían legalmente esas sociedades, y que hubieran vendido acciones del telégrafo eléctrico entre Batabanó y los cuernos de la luna, si alguien hubiese tenido la idea de fundar semejante empresa. Pero lo raro no consistía en que los corredores ofreciesen el papel, sino en que había personas serias—ó tenidas por tales—que lo compraban y lo pagaban en buenas onzas de oro.

—Tengo muy presente la situación económica de Cuba en aquellas circunstancias—dije interrumpiendo al marqués;—situación que algunas inteligencias sin alcance atribuyeron á demasiada condescendencia del general Concha, cuando éste, no sólo no tenía ninguna responsabilidad por ella, sino que hasta carecía de medios legales para impedirla. Pues qué, ¿no ha sucedido lo mismo en Nueva-York, en París y en Bar-

celona? ¿Qué hicieron entonces los gobiernos? *Dejar hacer*, y nada más, porque tampoco hubieran podido obrar de otro modo.

—Es verdad, y prosigo mi relato. En esa época de especulación desenfrenada, Pedro Pablo, que ya era riquísimo, ganó mucho dinero y entró de lleno en el movimiento de la vida elegante. Caballos del Canadá, yeguas de Mecklemburgo, potros jerezanos de Zapata, coches de París, quinta en Guanabacoa, magnífica casa de recreo en el Cerro, temporadas á San Diego y á los ingenios, bailes en Puentes Grandes y en Marianao, palco en Tacón y en el Circo: todo cuanto la Habana podía ofrecer en placeres honestos, era frecuentado por Pedro Pablo y por Margarita. La vanidad de tener tan hermosa compañera y el deseo de hacerla lucir, contribuyeron mucho al cambio de vida que se observó en aquella familia, antes tan recogida y hasta casi modesta en sus hábitos. Este fué, quizá, el origen de los disgustos y de los pesares que más tarde debían atormentar á mi pobre amigo.

IV.

—Entre los jóvenes elegantes que brillaban por aquel entonces en la alta sociedad habanera, recordará V., probablemente, á Enrique de Castro, conde de Villamentana, huérfano de padre á los veintidós años, y dueño de una fortuna de diez millones de pesos.

—Sí, el padre de Enrique fué muy amigo del mío.

—Después de un largo viaje por Europa, durante el cual había ido á Madrid para cubrirse como grande de España, Enrique regresó á la Habana, y al poco tiempo su madre le indicó la conveniencia de que un hombre de su posición procurase formar una familia. Pero Enrique manifestó que era demasiado joven para contraer lazos indisolubles, y á las reiteradas instancias de su madre concluyó por oponer una negativa rotunda. La condesa viuda se inclinó ante la voluntad de su hijo; pero como mujer inteligente y madre previsora, se propuso observar si aquella negativa procedía de alguna pasión oculta é inconfesable.

Enrique frecuentaba todas las reuniones, los teatros, los paseos; se dirigía con igual indiferencia á todas las mujeres, y hubiera sido preciso ser un observador muy profundo para notar la más leve preferencia en favor de cualquiera señora ó señorita de entre aquéllas á las cuales veía Enrique con más frecuencia.

Pedro Pablo y Enrique estaban unidos por una intimidad fraternal tan grande, que en la Habana se les llamaba *los inseparables*.

Desde algún tiempo, Enrique aparecía triste y distraído: su madre observaba con cariño, pero no descubría la causa de aquella mudanza; porque si alguna persona había de humor expansivo, de carácter alegre y de lenguaje libre (cuando hablaba delante de hombres solos), era Enrique, y la melancolía producía en él mayor contraste del que hubiera producido en otros. Por un instante la buena condesa creyó que su hijo se había enamorado de Margarita, cediendo al atractivo de la irresistible belleza de aquella mujer incomparable; pero reflexionando con calma, desechó semejante temor. Margarita, aunque muy hermosa, tenía seis años más que Enrique; era la mujer del mejor de sus amigos, y, por otra parte, su intachable conducta jamás había dado presa á la maledicencia ni á la menor sospecha.

Penetrar el secreto de Enrique era difícil; mas ¿hay algo que resista á la acción lenta, pertinaz é incansable del amor de una madre?

(Se continuará.)

EL SECRETO DEL PAJE.

(Conclusión.)

III.

En esta vida, el placer
Va siempre unido al dolor:
Hoy es dicha el mal de ayer;
Que el gozar y el padecer
Van del hombre en derredor.
Entre el sufrir y el gozar,
No hay regla clara y precisa

Que pueda el caso fijar:
Hoy llanto, mañana risa,
Y luego vuelta á llorar.

Aún del alba sonriente
No despunta el claro brillo
Por las puertas del Oriente,
Y del Conde en el castillo
Alegre rumor se siente.

Cual nunca madrugadores
Los pajes y servidores,
Dejan percibir su estruendo,
En confusión discurriendo
Por salas y corredores.

Con diligencia sin par,
Cada servidor se apresta
El castillo á hermohear,
Que hay anunciada una fiesta,
Y á las diez debe empezar.

Fiesta alegre y bullidora,
Pues van en aquella hora
A unirse en lazo nupcial,
Roger, Conde de Zamora,
Y Doña Luz Carvajal.

¡Cuán bella está! En su aposento
Mira en dulce arrobamiento
Su traje de desposada,
Poniendo en él la mirada
Y en Roger el pensamiento.

Su pasado contemplando,
Le ve con rostro risueño
Atrás sus penas dejando,
Como el que estuvo soñando
Y vuelve al fin de su sueño.

Y al ver que llega la hora
Y va á unirse ante el altar
Al sér á quien tanto adora,
En su dicha arrobadora
Siente ganas de llorar.

Porque las lágrimas son
Las perlas del corazón,
Y el sér que es bueno, igual llora
En la más risueña hora
Que en la más negra aflicción.

Mas ya las horas andando
Y los pajes concluyendo,
Se van las diez acercando,
Los convidados llegando
Y la animación creciendo.

Ya para el acto vestida,
Pues se acerca el santo lazo,
En el salón, conmovida,

Entra Doña Luz, del brazo
De su padre sostenida.

Dejando flotar al vuelo
Por su espalda el blanco velo,
Angel parece en su aliño,
Que plegó al bajar del cielo
Sus alas como el armiño.

La gente afanosa espera;
El lujo en el salón brilla,
Y de él á la cabecera
Baña la luz de la cera
El altar de la capilla.

Altar, sacerdote, gente,
Todo espera ya impaciente
Para el acto religioso:
Sólo no se halla presente
Aquél que va á ser esposo.

Las diez están al caer,
Y su falta á aquella hora
No se acierta á comprender,
Pues en citas, el que adora
Cual nadie exacto ha de ser.

Ya principia la extrañeza
A entrar en conversación,
Y no falta en el salón
Quien censure la pereza
Del valiente campeón.

El Conde, y Luz junto á él,
Sufren el retraso aquel
De la impaciencia en el potro,
Esperando que el doncel
Llegue de un momento á otro.

Mas los instantes se van;
Tras las diez las once dan
Sin verle nunca venir,
Y ya principia á cundir
En los pechos el afán.

—¡No viene!—repiten cien
Voces con creciente empeño;
Y aunque al parecer risueño,
—¡No viene!—dice también
El Conde frunciendo el ceño.

—¡No viene!—con voz ahogada
Que á duras penas contiene,
Murmura Luz angustiada.

¡Y tiene razón sobrada!
¡El tiempo pasa y no viene!

¡Que la dicha es elemento
Que en dar dolor se complace!
¡Edificio sin cimiento!
¡Nube que flota en el viento!

Y en el viento se deshace!
 Aún con ansia abrumadora
 Que á Luz impaciente abrasa,
 Aguardan más su demora;
 Mas ¡ay! tras de aquella hora
 Otra y otra más se pasa.

Y el convite desfilando
 Después de tan larga espera,
 Va el salón abandonando,
 Y el hecho aquel comentando
 Cada cual á su manera.

Ahogándose de aflicción,
 Doña Luz los ojos cierra;
 Pierde su faz la expresión;
 Apriétase el corazón,
 Y cae desplomada en tierra.

A la mañana siguiente,
 Al cruzar por el rastrillo,
 Vió un criado del castillo
 Cadáver al paje allí.

Atravesada en el pecho
 Su daga; un pliego enrollado,
 Y un billete bien lacrado
 Que abrió el Conde, y decía así:

—¡La Providencia Divina,
 Que maldades no consiente,
 Me deja oportunamente
 Un secreto descubrir!
 ¡Y aunque sois, Conde, la causa,
 Ni razón ni cuenta os pido!
 ¡Después de lo que he sabido
 Sólo me cumple morir!

¡Ahí van las pruebas que dióme
 Ayer el prior de un convento,
 Cuando el último lamento
 Lanzaba el triste hacia Dios!

¡Vedlas, pues, y haced memoria;
 Que en este misterio grave,
 Ya duda alguna no cabe
 De que mi padre sois vos!—

Y así era verdad: el Conde,
 En su juventud inquieta,
 Tuvo una historia secreta
 De amor con una mujer;

Y de Roger, siendo niño,
 Perdiendo el rumbo certero,

Le hizo después su escudero
 Sin sospechar que era él.

Doña Luz, viendo perdida
 En la tierra su ventura,
 Fué á buscar á su amargura
 Consuelo del claustro en pos.

Y el Conde acabó sus años
 En soledad triste y fría,
 Repitiendo noche y día:
 —¡Siempre la mano de Dios!

LUIS PÉREZ BARZANA.

TEATROS.

REAL.

En el concierto que se dió la noche del miércoles pasado por las Sras. Materna y Stepanof y la Srta. Neusser, sólo pudimos apreciar á medias el mérito de estas tres artistas, cuya fama no había tenido eco suficiente para llegar hasta nosotros (los españoles); y esta causa nos obligó á asistir algo temerosos de no escuchar nada que en esta ligera reseña pudiéramos calificar de notable ó, por lo menos, de extraordinario.

La Sra. Materna tiene una voz llena y de hermoso timbre; canta con afinación exacta: á nuestro entender, interpretó perfectamente las piezas anunciadas en el programa; mas como aquéllas no encierran ni siquiera medianas dificultades, sólo tuvimos ocasión de escuchar con entusiasmo los trozos musicales que supo escribir el autor de *Rienzi* y de *Tannhauser*, á cuya inspiración parece rendir fervoroso culto la señora Materna.

La Sra. Stepanof es una pianista que interpreta con suma delicadeza cuantas piezas ejecuta. A ella tributó el público los mayores aplausos.

La Srta. Neusser fué también aplaudida en las distintas piezas que ejecutó en el violín.

Las grandes dificultades que, por lo menos presume todo el mundo, hay que vencer para llegar en dicho instrumento á un grado de perfección relativa, colocan á la Srta. Neusser en disposición de aceptar la calificación de violinista distinguida, pues

no son escasos los méritos que suponen la afinación, limpieza y expresión con que ejecutó parte de su programa.

La orquesta, dirigida por el maestro Bretón, perfectamente y digna de mayor elogio, si se tiene en cuenta que sólo ensayó una vez todo el programa.

Reasumiendo: el concierto gustó, pero no entusiasmó.

* * *

En el teatro de Calderón, de Valladolid, está actuando una notable compañía, bajo la inteligente dirección del Sr. Mata.

Al dar cuenta de la primera representación, dice *La Lealtad*, de la capital de Castilla la Vieja:

«Presentó el Sr. Mata sus actores con la *Escuela de las coquetas*, hermosa obra de Don Ventura de la Vega, más hermosa cuanto más vista. La ejecución fué perfecta por parte de todos, y la Srta. Luisa Calderón, que hizo una bella duquesa del Puerto, sobresalió en el difícil final del acto segundo y en todo el tercero.»

Celebramos que la Srta. Calderón recoja allí los aplausos que no la hubieran faltado en el clásico teatro de la calle del Príncipe, á no verificarse siempre entre los bastidores y camarines de los teatros una verdadera *batalla de damas*.

* * *

ZARZUELA.

Representaciones extraordinarias de Madame Jeanne Granier y M. Vauthier.

La primera se verificará en la segunda quincena del presente mes, con la opereta en tres actos *Le Petit Duc*.

En la lista de la compañía figuran, además de la Sra. Granier y del Sr. Vauthier, artistas muy estimables.

El repertorio le componen las obras siguientes:

Le Petit Duc, *Giroflé-Giroflá*, *La Petite Mariée*, *La Marjolaine*, *La fille de Madame Angot*.

Se abre un abono por catorce únicas representaciones.

* * *

Se dice que la Patti ha firmado un nuevo

contrato para hacer un nuevo *giro* por la América del Sur, ganando *mil libras esterlinas* por representación.

En las últimas representaciones ha ganado 72.200 dollars.

* * *

En la noche del beneficio de Ernesto Rossi, con el drama *Amleto*, en el Teatro nacional de Roma, le hicieron una demostración de afecto y simpatía al célebre artista, ofreciéndole muchos regalos y coronas.

* * *

Al maestro Boito se indica para director del Liceo Musical de Torino.

* * *

El 17 del actual se pondrá en escena en el teatro de Venecia el *Otello*, de Verdi.

* * *

El maestro Gounod ha compuesto una canción popular dedicada á León XIII, que será ejecutada estas fiestas del Jubileo papal.

* * *

Otro jubileo grandioso se celebrará el 29 de Octubre venidero en toda la Alemania, queriendo festejar el centenario de D. Giovanni de Mozart.

* * *

Los teatros andan tan mal en el extranjero como en España. La empresa de Rotterdam busca un empréstito de 50.000 francos para poder seguir dando representaciones. Sin embargo, en Roma, en ocho representaciones de *Otello*, han ganado 100.000 pesetas.

* * *

El empresario Abbey llevará al teatro Her-Majesty, de Londres, la compañía que tiene en América, en la cual se halla la Patti y el maestro Ardití.

* * *

La compañía Harris, que actuará en el Drury-Lane, de Londres, inaugurará las representaciones probablemente el 23 de Junio próximo.

Componen dicha compañía la Kupfer, la

Borelli, la Toresella, la Hauk, la Fabbri, la Tremelli, la Desvignei, y tenores, Aramburo, De Lucía, De Reszke y Runcio; barítonos, Maurel, Battistini y Pandolfini; bajos, Taninzi, De Reszke y Navarini; director, el maestro Mancinelli (Gigi).

Probablemente se dará el *Otello*, de Verdi.

* * *

Toma cada día más incremento la noticia de que para la próxima estación será creado en Berlín un teatro internacional, donde actuarán las compañías extranjeras de paso por la capital de Alemania. Allí se representarán comedias en francés, tragedias en inglés, óperas en italiano: el alemán será el único idioma que no se oirá en el referido teatro.

NOTA BENE.

Esta Administración, cumpliendo con lo anunciado en los números anteriores, se ve en la dura necesidad de llamar la atención de los señores suscritores que se hallan en descubierto para que se pongan al corriente, no haciéndolo en carta particular y por correo, por si nos pasa lo del sastre del Campillo.

D. Alejandro Jiménez, de Vitoria.—D. Alejandro González, dos trimestres, de Aspe.—D. Andrés Solano, músico mayor de Mindanao, Palma de Mallorca.—Cipriano Sanz, de Valencia, y Octavio Ruiz, de San Marcial, en Burgos.—D. León Mena, de Zafra.—La Sociedad Filarmónica, de Valverde de Leganés.—D. Fernando Sancho Río, músico mayor de Castilla, en Badajoz.—D. Carlos Montañés, dos trimestres, Barcelona.—D. Joaquín Cerdá, músico mayor de Almansa, y D. Carlos González Rivalta, de Mérida.—D. Maximino García Herráinz, de idem.—D. Emilio Alíns, músico mayor de Granada, Córdoba.—D. Eusebio García Molina, de Uclés.—D. Manuel Jiménez de Asia, Gerona.—D. José Taulé de Antillas, Granada.—Don Ignacio Izaga, Oñate.—D. Sotero Tapiades, músico de primera de La Lealtad, San Sebastián.—D. Emilio Ruiz Ramírez, dos trimestres, Porcuna.—El Casino de Villafraanca del Vierzo.—D. Fermín Merás, de Andalucía, Logroño.—D. Joaquín Aiguabella, Villaviciosa de Odón.—D. Miguel Castillo, Real Sitio del Pardo.—D. Patricio Jacue, músico de primera de León, Alcalá de Henares.—D. Hilario García, idem de Vizcaya, Cartagena.—D. Fulgencio Morata,

idem.—D. Antonio Gómez, Estella.—Doña Enriqueta Lafuente, Santander, Astillero.—D. Pantaleón Toledo, dos trimestres, pues su carta-orden no fué obedecida, y V. podría haber pasado por la Administración.—D. José Jiménez, músico de primera de la Princesa, Valencia.—D. Virgilio Moreno, de Africa, Bilbao.

(Se continuará.)

Terminada la marcha, publicaremos una mazurka para piano, titulada *Lolita*, original de D. A. Vázquez.

CORRESPONDENCIA.

Casino principal de Lérida.—Satisfecho un trimestre por conducto del Sr. D. L. G.; pero como se le remitieron todos los números desde el 7 de Diciembre, al finalizar este mes esperamos remita el importe del vencido y del que empieza en Junio.

D. J. M.—Alcalá de Henares.—Recibido el importe del segundo trimestre.

D. J. S. E.—Ciudad-Real.—Idem id.

D. H. G., Vizcaya.—Cartagena.—Tiene V. razón: en el núm. 18 está incluido en los que pagaron el segundo trimestre.

D. R. U.—San Sebastián.—Recibidos sellos importe del segundo trimestre.

D. R. L.—Segovia.—Recibida carta-orden, que se hará efectiva, para pago de primero y segundo trimestre.

ANUNCIOS.

INSTITUTO DE VACUNACIÓN.

Calle de Valverde, 30 y 32.

Se vacuna directamente de la ternera varios días de la semana, de tres á cinco de la tarde.

Se remiten pedidos á provincias.

Telefono núm. 72.

ACADEMIA ESPECIAL DE DIBUJO.

HONORARIOS MÓDICOS.

Preparación para la Academia politécnica y Carreras especiales.

Valverde, 30 y 32, bajo izquierda.

MADRID.

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Don Evaristo, 8.—Telefono núm. 15.

1887.

LA ESPAÑA

REVISTA POLÍTICO-ARTÍSTICA LITERARIA.

DIRECTOR: D. MANUEL GONZÁLEZ ARACO.

Se publica los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes.

ADEMÁS DE LAS DIEZ Y SEIS PÁGINAS DE CADA NÚMERO, ACOMPAÑA UNA PIEZA DE MÚSICA INSTRUMENTADA,
UNA VEZ PARA BAÑO Y OTRA PARA PIANO.

Consagrada á la propaganda de la Literatura y Bellas Artes, no han de quedar en olvido las Ciencias, y mucho más aquéllas que tienden á proporcionar algún beneficio á nuestros semejantes.

Se suscribe en la Administración, calle del Espejo, 9 y 11, principal derecha.

SERVICIOS

DE LA

COMPañÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA.

VAPORES CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA

CON ESCALAS Y EXTENSIÓN Á

LAS PALMAS, PUERTOS DE LAS ANTILLAS, VERACRUZ Y PACÍFICO.

SALIDAS TRIMENSUALES DE

Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto-Rico, Habana y Veracruz.

Santander, el 20; Coruña, el 21, para Puerto-Rico y Habana.

Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30, para Puerto-Rico, con extensión á Mayágüez y Ponce; y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á la Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

Viajes del mes de Mayo de 1887.

El 10, de Cádiz, el vapor *Ciudad de Cádiz*; el 20, de Santander, el *Isla de Cebú*; el 30, de Cádiz, el *Habana*.

VAPORES CORREOS Á MANILA

CON ESCALAS EN

PORT-SAID, ADÉN Y SINGAPOORE, Y SERVICIO Á ILOILO Y CEBÚ.

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.

El vapor *Isla de Luzón* saldrá de Barcelona el 1.º de Junio.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes, en

BARCELONA: La Compañía Trasatlántica, Sres. Ripol y Compañía, Plaza de Palacio.—CÁDIZ: Delegación de la Compañía Trasatlántica.—MADRID: D. Julián Moreno, Alcalá.—LIVERPOOL: Señores Larrinaga y Compañía.—SANTANDER: Angel B. Pérez y Compañía.—CORUÑA: D. E. da Guarda.—VIGO: D. Antonio López de Neira.—CARTAGENA: Bosch, hermanos.—VALENCIA: Dart y Compañía.—MANILA: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

GUERRA

MARCHA MILITAR

POR FLAUTIN.
Nº 22.

LA ESPAÑA.

ADMÓN: ESPEJO 9. y 11. PRAL. MADRID.



REQUINTO.

CLARINETES.

SAXOFONES.

FLISCORNOS
CORNETINES.

En Mi^b.
TROMPAS.

TROMBONES.

BOMBARDINOS.

BAJOS.

RUIDO.

CORNETAS.

1.^a 2.^a 3.^a

Marcha

Solo